

Necrológica

Leopoldo Nóvoa. El mago de Armenteira

Fernando de VALENZUELA VILLAVERDE

Leopoldo Nóvoa no solo era mi amigo desde que tuve uso de razón, si es que alguna vez lo he tenido. Leopoldo era, sobre todo, mi mago predilecto, o sea: preferido por amor o afecto especial, que dice la Academia. Lo era ya en el porteño barrio de Ramos Mejía, en aquella tintorería (¡una tintorería sin japonés, quién habrá visto semejante cosa en Argentina!) que se transformó luego en taller de pintura. Allí pasaba yo ratos largos que seguramente debían su largura a mi respeto reverencial por el mágico olor y el no menos mágico brillo de los tubos de óleo, por las mágicas formas que iban apareciendo sobre las telas, que eran tan escasas que al principio, sabiendo que no le iban a ser vendidas a nadie, las pintaba por ambos lados.

En uno de aquellos cuadros, que yo me atrevería a llamar ambidiestros o ambivalentes en el más puro sentido etimológico de cualquiera de las dos palabras, asoma por un lado, vertical como las afrancesadas torres de la Avenida de Mayo, una esquina con su imprescindible café, refugio por entonces de republicanos españoles que se negaban a aceptar que hubieran podido perder la guerra contra los canallas. Aquella esquina sigue existiendo.

Del otro lado del cuadro, horizontal o apaisado, como ustedes prefieran, descubre su pasado lo que hoy es el suntuoso barrio de Puerto Madero, y la ciudad se deja ver más allá desde los muelles de la costanera sur, con sus barcos de entonces, sus cafés de entonces, sus camiones de entonces y sus gentes de entonces.

Aquel cuadro estuvo en casa desde siempre y fue probablemente mi primera ventana abierta a la existencia de la magia del mundo, mucho más duradera, infinitamente más significativa que los paisajes reales en los que se inspiraba, poblada de cosas, de figuras y hasta de gentes que estaban allí para siempre. Algo así como aquello a lo que los griegos antiguos llamaban paradigma.

Mucho tiempo después –llega un momento en el que de casi todo hace mucho tiempo– volví a mi San Telmo querido, y decidí alquilar un piso en el Paseo Colón, aquel a cuyos almacenes van

los que tienen perdida la fe. Era un edificio bastante alto para su época y sesenta y pico años antes había recibido el premio nacional de arquitectura.

Poco después volví a pasar unas semanas a Madrid, a casa de mi madre, y, como de costumbre, me alojé en la habitación que reserva para sus visitas de ultramar y para sus hijos, vengamos de ultramar o de donde sea. A mitad de la noche me desperté impulsado no sé si por algo que había visto, recordado o soñado. Probablemente las tres cosas: a un costado de la cama estaba el cuadro de Leopoldo y yo, después de tanto mirarlo despierto, me había dado cuenta dormido de lo que me quería decir. Desde el sur de la Costanera se entreveía Puerto Madero cuando aún era un puerto y no una urbanización ni lo que ahora se llama un puerto deportivo, algo que ya no es puerto y nunca será deportivo. Más allá se distinguía el edificio de la CGT, la histórica central sindical, con el característico tanque de agua adornado con sus siglas en lo más alto. Más allá aún, el palacio neoneogótico, ladrillesco pero bonito, del ministerio de agricultura. Y a un costadito, un edificio alto pero no demasiado, unos nueve pisos. Aquel era el edificio al que nos habíamos ido a vivir poco antes con Araceli, novios a mediados de los sesenta del siglo pasado, amigos del alma desde entonces. Ese era el cuadro que yo tenía a mi costado, lo primero que veía al despertarme, lo último que recorrían mis ojos antes de quedarme dormido. Leopoldo lo había adivinado casi sesenta años antes. O acaso aquello había ocurrido por decisión suya. Vivíamos en su cuadro. ¿Magia? ¿Quién sabe?

Mi padre, Ramón de Valenzuela, había decidido que el talento descubridor de Leopoldo lo obligaba a dejarlo todo, a dedicarle a la pintura todas y cada una de sus fuerzas. Con la terquedad que lo caracterizaba, terminó por convencerlo. Quizás por eso, Leopoldo quiso hacerle un retrato. A casi todos nos pareció un tanto extraño: papá aparecía en el retrato mucho más concentrado, más serio, mayor. Desde entonces, a mediados de los cin-

cuenta, la historia visual de mi padre, lo que hoy sin perder el tiempo en pensar se denomina imagen, siguió durante veinte años el camino que le había sido marcado, parecerse al retrato de Leopoldo hasta la más completa identidad: él lo había descubierto mucho antes, había encontrado el sentido de su gesto como por arte de magia. Pueden verlo cuantos quieran: el cuadro está en casa.

Un buen día, Leopoldo decidió pasar de la pintura concreta, o como se le llame, a la abstracta. Su primer cuadro abstracto, un pequeño cuadrado en dos mágicas tonalidades de cemento con algo indescifrable entre ambas aguas, se lo regaló a papá. Mi padre no confiaba en que desde lo abstracto fuera posible definir lo esencialmente gallego tal como sabía hacerlo Leopoldo, descendiente de señores de Raxó más tarde convertidos en diplomáticos uruguayos.

Papá no estaba de acuerdo con aquel cambio y seguramente por eso me regaló a mí aquel cuadrado inicial de la nueva etapa. Ahí está, lo tengo en casa. Pueden ustedes verlo. En veinte por treinta centímetros está todo dicho.

Pero Leopoldo no se detuvo nunca en su carrera, nunca paró de trabajar, de descubrir, de explicar y de escuchar. Yo lo he sorprendido, a eso de las siete de la mañana, en su vieja casa del sexto piso de la Rue Poncelet –siempre en el sexto piso, antes de que la mala suerte se llevase en forma de fuego todo lo que tenía, la totalidad de su obra y de sus bienes, de otro sexto piso, el del Faubourg Saint Antoine–, lo he sorprendido, digo, extendiendo por el suelo hojas de periódico a montones y pintando sin parar con una brochita un par de líneas sobre cada una de ellas para encontrar el trazo ideal, la combinación indiscutible de dos

líneas, lo que los más chinos de todos los chinos bien quisieran para sí: la perfección del signo.

Después me encontré a las afueras de Montevideo con el mural del estadio del Cerro. No mintamos, no me lo encontré poco después: había oído hablar de aquello varios años antes, había visto fotos, más fotos y hasta libros; Leopoldo me había hablado de ello como si fuera, más que una obra, un hijo; más que un hijo, una obra: el *súmmum* de su vocación arquitectónica.

Pero aún así, cuando por fin lo vi, no me lo pude creer. Es un monumento al hierro y a la forma que se aferra a la tierra allí, en los finales últimos de Montevideo. La iglesia de San Nicolás, junto a la plaza de la Mala Strana de la ciudad de Praga, parece haberse inspirado, un par de siglos antes, en la misma capacidad de inventar lo monumental sin incurrir en lo grandioso.

Su casa final, la de Armenteira, cercana al antiguo monasterio del Cister y al bosque donde don Ero oyó cien años cantar al pájaro, enclavada en la roca y desde la que parecen verse casi todas las rías de Galicia, guarda tras su monumental puerta de hierro el mismo propósito.

Nunca paró de inventar y así llegaron sus telas grises tensadas por formas ocultas, curvas o aún más curvas, espacios creados a partir de la nada y, más luego aún, los piolines tramados sobre aquellas mismas telas, a los que solo podía hacer justa referencia quien la hizo, Julio Cortázar.

Hay momentos para la magia, hay momentos para el milagro. Leopoldo fue uno de los que a mí me tocó disfrutar. Los milagros de verdad ocurren en vida, los hacen los hombres y son para los vivos, para que ellos también dejen de prestar excesiva atención a lo trivial o a lo imponente y descubran el mundo.



Leopoldo Nóvoa*

* Foto realizada por Marta González. O Comité Editorial de *Madrygal* agradece a Mariví Villaverde a súa amabilidade ao permitir-nos ir á súa casa para fotografar esta pintura e mais a que se emprega como portada da revista.